

PUERTO RICO

ENAJENACIÓN COLONIAL Y LIBERACIÓN

Nils Castro

La literatura sobre las izquierdas en América Latina generalmente omite el caso de Puerto Rico. Esta insolidaria ignorancia excluye de nuestra América a ese pueblo y nación, cediendo su territorio a una potencia colonial. Sin embargo, la experiencia puertorriqueña, aparte de ser relevante en sí misma, también lo es para comprender otros importantes aspectos de la cuestión latinoamericana, como la dialéctica entre lo nacional y lo clasista, las opciones de la liberación nacional, así como el papel que la alienación colonial y neocolonial cumple al conformar actitudes de sometimiento y subordinación en nuestras sociedades.

Ahora suele mencionarse más a Puerto Rico, tras la catástrofe de los dos grandes huracanes —Irma y María— que abatieron ese país en 2017 y, en particular, por el desgano con que el gobierno de Donald Trump demoró en atender esa tragedia. No obstante, suele pasarse por alto la larguísima crisis económica puertorriqueña, y sus consecuencias sociales, demográficas, morales y políticas, que habían venido acumulándose por más de 12 años, desde antes de la debacle global que Wall Street inició en 2008. Fue esa larga crisis lo que hizo de Puerto Rico un país y una sociedad tan frágiles como estos ciclones lo revelaron, puesto que a más crisis previa, mayor vulnerabilidad y peores tragedias ante cualquier tipo de eventualidades.

A semejanza de los demás países latinoamericanos, en Puerto Rico las izquierdas han evolucionado como un conjunto de movimientos constituidos por corrientes políticas e ideológicas que exploran caminos distintos no solo por discrepancia de sus concepciones estratégicas, sino también por elegir diversos referentes o inspiradores en ultramar, o diferencias entre sus liderazgos locales. Pero, en este caso nacional, lo que más largamente distinguió a las izquierdas puertorriqueñas de sus análogas del Continente han sido sus enfoques sobre el problema colonial. Mientras en la mayoría de las repúblicas latinoamericanas ello se zanjó, de mejor o peor manera, antes de que sus posibles opciones de revolución social entraran a discutirse. Y donde eso no se resolvió en el siglo

XIX, ambas cuestiones se entrecruzaron en el siglo XX y en lo que sigue por venir.

Disyuntivas de la independencia

Como sabemos, las luchas por la autodeterminación, independencia y soberanía implican la cuestión de quiénes serán los actores —el sujeto social— y los procedimientos necesarios para conquistarlas. Así como el propósito de impulsar el desarrollo social y políticamente más avanzado, que igualmente demanda encontrar y/o formar sus propios sujetos y estrategia, que no necesariamente son los mismos. En Puerto Rico, nación permanentemente sometida a regímenes coloniales —el español y enseguida el estadounidense—, las izquierdas evolucionaron bajo la exigencia de combinar, de uno u otro modo, la lucha por reivindicaciones anticoloniales con los reclamos para moverse en busca de justicia, equidad y solidaridad social para su pueblo.

Tras la euforia pro-estadunidesa suscitada en 1898, cuando en la Guerra Hispanoamericana las tropas norteamericanas expulsaron a las autoridades españolas, enseguida vino la decepción. Ignorando las aspiraciones del pueblo puertorriqueño a la independencia, los nuevos mandos extranjeros —allí como en Filipinas y demás territorios conquistados en el Pacífico—, decidieron quedarse con el país. Y por añadidura, le negaron a los nativos la posibilidad de adoptar sus propias normas sobre cómo elegir a sus autoridades y darse ciudadanía propia.

El gobierno yanqui se centró en implantar sus leyes, su idioma y costumbres, y particularmente en poner al territorio a disposición del capital norteamericano interesado en desarrollar a gran escala la industria del azúcar de caña. Al *cañaverizar* masivamente casi toda la superficie agrícola (solo quedaron bosques en un 12 por ciento del territorio de la Isla¹), los estadounidenses

¹ La literatura suele referirse a Puerto Rico como una isla, que los nativos llamaban Borinquen. Pero Puerto Rico es un archipiélago, cuyas cuatro porciones más evocadas son la “isla grande”, la mayor, más poblada y de mayor peso económico; la contigua isla de San Juan, asiento histórico de la capital del país, donde radica el gobierno; y las islas de Culebra y de Vieques, municipios dedicados sobre todo a la pesca y el turismo, parte de las cuales hasta hace unos años fueron explotadas, a la par, como polígonos de tiro de la Marina militar estadounidense, con los riesgos y daños que eso acarrearía.

pusieron en vilo las fuentes tradicionales de riqueza de la élite local y la subsistencia alimentaria del resto de la población, lo que avivó un resentimiento nacionalista liderado por esa élite. A su vez, posesionándose para conservar sus privilegios y, por lo tanto, también para mantener a raya al independentismo popular, la oligarquía local, hasta entonces funcional mentora de los partidos anexionista y autonomista de la política colonial española, asumió ante las autoridades norteamericanas un comportamiento bífido. Combinó algunos reclamos específicos sobre la propiedad y explotación de la tierra, con las manifestaciones de sumisión que creyó más oportunas para acreditarse como los más serviciales administradores del nuevo poder imperial.

La industrialización azucarera incrementó la masa de peones rurales y trabajadores de los ingenios. En las condiciones del nuevo género de dominación colonial, la iniciativa de organizar esa masa laboral se vinculó al sindicalismo norteamericano y, por esa vía, a la influencia que en ese entonces aún mantenía el Partido Obrero Socialista de Estados Unidos. En ese marco tomaron forma las concepciones y el lenguaje clasistas, junto a las reivindicaciones de la izquierda obrera norteamericana de esa época, asimilando a los trabajadores boricuas al movimiento obrero y socialista estadounidense, ajeno a los reclamos nacionales puertorriqueños.²

Al desnacionalizarse así el movimiento obrero, los ideales de la independencia y del socialismo tomaron caminos separados. Con esto las reivindicaciones patrióticas pudieron verse estigmatizadas como señuelos de la oligarquía puertorriqueña, lo que le sustraía al independentismo su base clasista, y le restaba al movimiento obrero su naturaleza patriótica. Fractura que contribuiría a enajenar ambas corrientes, sustrayéndoles la posibilidad de fusionarse en un movimiento de liberación nacional. Esos reclamos borinqueños no eran menores, ni carecían de fuerza y madurez. Hacía más de un siglo, en noviembre de 1913, la Asamblea extraordinaria del Partido Unión de Puerto Rico, generalmente conocido como el Partido Unionista —entonces el mayor de la Isla—, repudió la Ley Orgánica o carta constitucional impuesta por las autoridades norteamericanas y adoptó, como primer artículo de su programa, la denuncia que dice:

1. El pueblo de Puerto Rico se encuentra sometido a un régimen de gobierno decretado por el Congreso de Estados Unidos, a consecuencia de un tratado

² El principal dirigente de aquel socialismo fue el inmigrado gallego Santiago Iglesias Pantín, quien había militado en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y mantenía contacto con su líder, Pablo Iglesias, quien, a finales del régimen colonial español, lo alentó a fundar el Partido Obrero Socialista de Puerto Rico, afiliado al PSOE. Luego, bajo la dominación estadounidense, en 1915 Iglesias lideró su conversión en el Partido Socialista Puertorriqueño, afiliado al Partido Socialista de Estados Unidos, y fue uno de los creadores de la Federación Libre de Trabajadores, afiliada, a su vez, a la American Federation of Labour (AFL).

internacional y por la fuerza de una ley, donde el pueblo de Puerto Rico fue injustamente privado de toda intervención, en cuestiones que atañen a su vida, a su dignidad y a su libertad. Tal régimen, que impone al pueblo de Puerto Rico legisladores nombrados por el Presidente de los Estados Unidos, pone en manos de personas extrañas al país todos los departamentos ejecutivos, que excluye a los insulares del manejo de los fondos públicos y que atribuye a los dominadores un poder omnímodo en todas las ramas de la administración y el honor del pueblo puertorriqueño. La Unión de Puerto Rico consigna su más alta y vigorosa protesta contra el sistema imperante, y enérgicamente demanda remedio y justicia al pueblo de los Estados Unidos, para emanciparnos de una oligarquía que en su nombre se ejerce y que su espíritu rechaza.³

Sin embargo, el segundo y tercer artículos del mismo programa se debatieron entre el ideal independentista, tenido por todos los assembleístas como la finalidad de ese partido, y una fórmula transitoria de autonomía, entendida como *self government*, que muchos de los assembleístas hallaban aceptable para luchar por algunos objetivos parciales hasta tanto las autoridades estadounidenses *acceptasen dialogar* sobre la independencia de la Isla.⁴ Pero la sombra de esa disyuntiva se proyectaría hasta los partidos políticos puertorriqueños de finales del siglo XX: luego de 30 años de “americanización” del país, los oportunistas que en 1952 abogaron por el Estado Libre Asociado lograron convertir aquella opción “transitoria” de 1913 en la nueva forma de *travestir* y mantener el régimen colonial.

Decantaciones y depuraciones

El dilema que en aquel entonces extravió al antiguo Partido Socialista anticipó, en nuestras peculiares circunstancias latinoamericanas, la disyuntiva que años más tarde Rosa Luxemburgo le plantearía similarmente a la clase obrera polaca, al llamarla a militar con el movimiento proletario internacional —el ruso incluido—, en vez de responder a los reclamos patrióticos de su nación, sojuzgada por el ejército zarista, reclamos que, desde el punto de vista europeo, Rosa consideró “reaccionarios”. Como, *mutatis mutandis*, esa cuestión después tampoco sería ajena al *browderismo*, como versión extrema del frente amplismo de la Tercera Internacional, que en las condiciones de la Segunda Guerra Mundial llamó a los revolucionarios latinoamericanos a deponer sus

³ Ver Bolívar Pagán, *La Historia de los Partidos Políticos en Puerto Rico*. En internet: [http://seminarios-pnp.com/2015/08/historia-de-los-partidos-politicos-puertorriqueños-1898-1956-parte-i/ Capítulo 7 sección 3](http://seminarios-pnp.com/2015/08/historia-de-los-partidos-politicos-puertorriqueños-1898-1956-parte-i/Capítulo%207%20sección%203).

⁴ De hecho, así la Asamblea reflejó que la unidad del partido se debatía entre *radicales* independentistas y *moderados* autonomistas. La “temporalidad” de esa forma de posponer la decisión le daría largo cobijo a la política gubernamental de “americanización” del país, respaldada por el proyanqui Partido Republicano, principal oponente del Unionista.

reclamos ante los abusos de las oligarquías locales y el intervencionismo norteamericano para, en su lugar, apoyar al esfuerzo antifascista global.

Pero, como la experiencia no ha dejado de repetirlo, hacer optar entre las aspiraciones patrióticas y las revolucionarias, en vez de darles un desarrollo común, a la postre lleva a cederle las reivindicaciones nacionales a la derecha en beneficio del interés oligárquico y neocolonial, no del interés popular. Al cabo, las sociedades nacionales son las estructuras concretas donde la lucha de clases y la historia se concentran y materializan. En el caso puertorriqueño, cuando unos años después las grandes centrales obreras norteamericanas abandonaron su orientación socialista, el sindicalismo boricua quedó unido a la burocracia sindical estadounidense, con lo cual perdió esa proyección cuando ya había extraviado la identificación patriótica con su propio país.

Solo más tarde surgiría el Partido Nacionalista de Puerto Rico (PNPR) que, a partir de los años 30, con el vehemente liderazgo de Pedro Albizu Campos, reagrupó a quienes privilegiaban la cuestión nacional —la lucha por la independencia, la autodeterminación y soberanía— como el campo social donde correspondía desarrollar las demás reivindicaciones populares. Albizu, patriota católico expresivo de la clase media, impulsó un abarcador movimiento independentista con sentido antiimperialista —aunque no socialista—, que proponía una república liberal de propietarios criollos, orientada a la solidaridad patriótica propia de un desarrollo capitalista equilibrado, guiada por un Estado interventor.

Ese nacionalismo popular pronto enardeció a la Isla como expresión política mayoritaria y, asimismo, amplió simpatías entre las capas medias y la intelectualidad, a la vez que con significativas personalidades políticas del Caribe hispanohablante y América Latina. Pero su rápida expansión alarmó a las élites anexionistas y autonomistas, y a las autoridades estadounidenses, que no demoraron en desencadenar una áspera represión que persiguió y encarceló a la mayor parte de la dirigencia nacionalista para desarticular su movimiento.

A su vez, desde los años 30, la izquierda y el progresismo boricuas originaron dos vertientes políticas. El ala independentista más moderada, encabezada por Luis Muñoz Marín, formó el Partido Popular Democrático (PPD), orientado a buscar paso a paso un incremento gradual de la soberanía nacional. Contra el latifundismo azucarero predicó la reforma agraria y la industrialización, y en los años de Franklin D. Roosevelt respaldó las políticas norteamericanas del *New Deal*. Y poco más tarde se fundó un pequeño Partido Comunista (PC) que proponía luchar por la independencia y la revolución social,

entendida según la óptica radical que en aquel momento sostenía la III Internacional. Visión que, sin embargo, ante la ofensiva del nazi-fascismo en Europa, en los años 40 esa Internacional reemplazó por una estrategia frente amplista de alianzas antifascistas con los diversos sectores democráticos, con lo cual en Puerto Rico no pocos cuadros del PC migraron al PPD, con la esperanza de que un diálogo con Washington permitiría alcanzar un proceso de independencia para la Isla. No obstante, recién pasada la Segunda Guerra Mundial, las condiciones y perspectivas tomaron otro giro. Desaparecidos Roosevelt, el *New Deal* y su política regional de Buena Vecindad, con el viraje norteamericano hacia el hegemonismo, la Guerra Fría y el macartismo, en Puerto Rico los términos de la dominación colonial estadounidense volvieron a endurecerse. Con el ascenso del belicismo, el valor estratégico atribuido a la ubicación geográfica de la Isla retomó características más intolerantes.

Anticipándose a un previsible endurecimiento represivo del autoritarismo norteamericano, la cúpula dominante del PPD prefirió abandonar su anterior retórica independentista y saltar al autonomismo, alegando que este sería más provechoso para procurarle prosperidad material al país, en remplazo de sus pasados ideales patrióticos. A su vez, como parte de un nuevo arreglo político, en 1948 el gobierno de Washington aceptaría que el gobernador de Puerto Rico pudiera ser un nativo electo por votación directa de los ciudadanos residentes en la Isla, si el candidato provenía de ese partido.

Eso implicó cerrarle esa opción a cualquier otra fuerza representativa. Mediante la represiva Ley 600, en julio de 1950 se le eliminó toda posibilidad de participación política legal al Partido Nacionalista, y en octubre este protagonizó en varias ciudades puertorriqueñas un heroico intento insurreccional, que fue brutalmente reprimido. Lo que de inmediato fue pretexto para que el régimen colonial desplegara una ola represiva que asimismo barrió de las calles tanto a los dirigentes del Partido Comunista como a la mayor parte del liderazgo independentista.

En rechazo al oportunismo neocolonial de Muñoz Marín, el sector del PPD que permaneció leal a sus propósitos originarios rompió con la estructura muñocista y constituyó el Partido Independentista Puertorriqueño (PIP). Este asumió un proyecto de desarrollo protegido de la economía nacional, contrario a someter al país al interés de las corporaciones estadounidenses. En sus inicios, abanderó la intención de fundar una república democrática, con una visión más cercana a la tradición liberal puertorriqueña que a las ideas socialistas, estigmatizadas y perseguidas por el régimen imperial. Pero desde 1970, con el liderazgo de Rubén Berríos, se identificó con la socialdemocracia, con los métodos de lucha de la desobediencia civil y la

necesidad de fundir en un mismo proyecto al nacionalismo y el socialismo.

Como solo la independencia boricua puede ofrecerle a Estados Unidos una forma honrosa de deshacerse de un problema que cada día es más enfadoso. Para ello, Washington tendrá que compartir los costos de una transición cuyos términos y plazos deberá negociar con el independentismo puertorriqueño. Nada inaudito: eso es tan factible en Puerto Rico como lo fue en Panamá, donde la espinosa cuestión del Canal interoceánico así se resolvió. Para esto, el primer paso es hacer conocer el caso como un problema general cuya trascendencia reclama solución. Eso requiere que todos los independentistas y soberanistas, tanto en su Isla como en la vida política estadounidense, movilicen a las comunidades de origen boricua, esclarezcan a la opinión pública norteamericana y presionen al Congreso para dimensionar ese tema en su agenda.

Asimismo toca que los latinoamericanos y caribeños hagamos lo que nos corresponde, porque ese también es nuestro problema. Puerto Rico es una muestra, territorialmente chica pero muy concentrada, de muchos problemas de matriz colonial o neocolonial que también actúan, de unas u otras maneras, entre los pliegues de la identidad, la cultura política y la capacidad de autodeterminación que los latinoamericanos compartimos. Para todos nosotros, es un reto acerca de nuestra propia condición neocolonial. Y en este sentido, espejo de nuestras propias flaquezas.

La necesaria transición

El Estado Libre Asociado hace mucho dejó de encajar entre los inventos que hoy el derecho internacional considera justificables. Hace décadas el Comité de Descolonización de la ONU anualmente pone a Washington en el banquillo de las potencias coloniales, y le da tribuna a una creciente lista de portavoces latinoamericanos que allí examinan el status de Borinquen. Cada año esa instancia global reconoce a Puerto Rico como “Nación Latinoamericana y Caribeña, y su derecho inalienable a la libre determinación e independencia, su soberanía, y a la integridad de su territorio nacional”. Y además ratifica que el pueblo puertorriqueño tiene el inalienable derecho a su autodeterminación, como lo acreditan ya más de 34 Resoluciones, reiterando que el status de la Isla debe discutirse en la Asamblea General, donde Estados Unidos difícilmente podrá encontrar voces que lo secunden, ninguna gratuitamente.

Desde el punto de vista norteamericano, ¿a quién le sirve prolongar esos inconvenientes? Solo los clichés de una

⁵Julia Moskin, “El éxito de la comida local que salvó a Puerto Rico”, en el diario *The New York Times* (edición digital en español) del 22 de mayo de 2019.

vieja inercia, y un desfasado orgullo imperial, pueden ocasionarlo. Al cabo, terminada la Guerra Fría, tras la experiencia de Vieques, la Armada estadounidense abandonó todos sus demás baluartes y operaciones en la Isla, la que así perdió lo que devengaba como plaza militar. Como también sigue perdiéndolo como plaza de interés económico, desde que Washington prefirió explotar acuerdos de libre comercio con otros países del área, que hoy aprovechan las ventajas de acceso al mercado estadounidense que antes el ELA retenía.

Antes de la invasión norteamericana, la Isla produjo azúcar y derivados, café, legumbres y otros alimentos, cuya producción el régimen colonial descartó en beneficio de la *cañaveralización*. Comer se volvió caro; del 85 al 90 por ciento de los alimentos se importan congelados o enlatados, generalmente de Estados Unidos. Pero, “la Ley Jones [...] con frecuencia detiene cargamentos del territorio continental porque solo las empresas de envío estadounidenses pueden transportar legalmente alimentos de un puerto estadounidense a otro”.⁵ A su vez, en la actividad turística Borinquen hoy es superada por varios competidores del Gran Caribe, donde es menos costosa. Por largos años el status colonial ha impuesto legislaciones estadounidenses ajenas a la naturaleza de la Isla, que impiden aprovechar otras ventajas de su ubicación geográfica, como desarrollar una diversidad de servicios marítimo-portuarios y aeroportuarios, y de ser parte de los proyectos de cooperación para el desarrollo y de integración mesoamericana y caribeña. Con eso, tanto el ELA como los dos partidos políticos que le son funcionales hace mucho han perdido las razones de existencia que antaño les dieron propósito, mientras que el gobierno de Washington DC aún no encuentra oportunidad ni discurso para justificar cómo deshacerse de la Isla, en lugar de pretender anexarla como un Estado extraño, costoso y problemático para la Unión Americana y la idiosincrasia estadounidense.

En tales circunstancias, solo queda proponer el necesario proceso de transición a cierto número de años plazo, a fin de reestructurar la institucionalidad y el modelo económico puertorriqueños, para culminar la constitución de una nueva república latinoamericana y caribeña. Esta, como nación independiente y viable, podrá tener un apropiado esquema de relaciones con Estados Unidos y con las demás naciones de la región y del mundo. ☒

Nils Castro (Panamá, 1937). Catedrático, ensayista y diplomático panameño. Fue asesor del general Omar Torrijos y de presidentes y cancilleres de su país. Es autor de estudios sobre ideología y cultura en América Latina, y en los últimos años se ha dedicado principalmente al análisis de la coyuntura política en los países del Hemisferio. Entre sus obras destacan *Estructuralismo y marxismo* (junto con Henri Lefebvre, Adolfo Sánchez Vázquez y Romano Lupérini, 1970), *Las izquierdas latinoamericanas: observaciones a una trayectoria* (2005) y *Las izquierdas latinoamericanas en tiempos de crear* (2012). Su ensayo *La brecha por llenar* mereció en Cuba el Premio *Pensar a Contracorriente*. Fue embajador de Panamá en México.